CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

ROSA CUSMINSKY
EDITORA

MITO Y REALIDAD DE LA DECLINACIÓN DE ESTADOS UNIDOS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 1992

ESTADOS UNIDOS Y LA HEGEMONÍA FINANCIERA: ¿RECOMPOSICIÓN O DECLINACIÓN?

ANTONIO GUTIÉRREZ PÉREZ*

1. ALGUNAS HIPÓTESIS INICIALES

De 1945 a 1965, los Estados Unidos fueron la potencia hegemónica indiscutible del mundo capitalista. Su fortaleza económica, política y militar al fin de la segunda guerra mundial le permitió constituirse en el polo organizador y cohesionador de la economía mundial. En el plano económico su posición privilegiada no se debía solamente al volumen de su producción, a su desarrollo tecnológico, al papel de su economía como acreedor mundial, a la importancia de sus inversiones y de sus empresas sino también al hecho de que el dólar era el principio único de organización monetaria.

La presencia e identidad del dólar como dinero mundial no era simplemente la coronación de la hegemonía estadounidense, sino el principio mismo a través del cual la ejercía. El dinero mundial es siempre el eje centralizador de un modo de organización jerarquizado de las relaciones económicas, mediante la confrontación de las diversas monedas nacionales. El patrón dólar no fue la excepción.

La capacidad de crear dinero y crédito a nivel mundial, esto es, de garantizar la liquidez del sistema en su conjunto es siempre fuente de poder, expresión de relaciones de fuerza. A través de ella se imponen, en gran medida, las condiciones de funcionamiento de las políticas económicas nacionales, de los sectores y agentes financieros privados, de las políticas monetarias, de los niveles de las tasas de interés, de los tipos de cambio, etc.

En síntesis, las condiciones de la liquidez internacional no sólo determinan la evolución de las expectativas de los agentes económicos, sino también el contexto, las modalidades y ritmos del crecimiento económico de los diversos espacios nacionales.

Como todo régimen de divisa clave, el patrón dólar tuvo un carácter excluyente y asimétrico. Excluyente porque la única divisa convertible en oro era el dólar y la convertibilidad es la cualidad fundamental de toda divisa, ya que es la única manera de garantizar la unicidad de la diversidad y fragmentación monetarias. Asimétrico, porque su política monetaria nacional era al mismo tiempo la política monetaria mundial, lo que le garantizaba, por

* Profesor Titular de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, de la Universidad Nacional Autónoma de México

definición, la capacidad de realizar ajustes con efectos diferenciados entre su economía y el resto.

Sin embargo, la contradicción subyacente en el funcionamiento del patrón dólar entre el papel internacional de esta divisa y su carácter nacional generaría las condiciones para el deterioro y posterior ruptura de este patrón. Ya que como señaló R. Triffin, desde la década de los sesenta, la única manera de garantizar el crecimiento de la liquidez internacional era a través del endeudamiento vía déficit de la balanza de pagos, situación que a la vez tendía a degradar el sector externo de Estados Unidos.

La incompatibilidad existente entre los objetivos nacionales de toda política monetaria, incluida la de aquélla que es al mismo tiempo divisa internacional, y las funciones inherentes al dinero mundial llevaría en los finales de la década de los setenta al cuestionamiento de la norma de convertibilidad sobre la que se sustentaba el funcionamiento del patrón dólar.

En este sentido, la crisis del dólar en 1971 marca el inicio de un largo y complejo proceso de cuestionamiento de la hegemonía de la economía estadounidense, que en términos monetarios se ha venido expresando como un cambio significativo en las condiciones y en las modalidades de ejercicio de la primacía del dólar.

El colapso de Bretton Woods fue, en gran medida, el precio que pagó Estados Unidos por el ejercicio de su papel como banquero mundial y expresión del debilitamiento de los fundamentos económicos que le permitieron constituirse en el eje organizador de las relaciones económicas internacionales.

A partir de entonces el sistema monetario-financiero internacional ha sufrido un conjunto de modificaciones radicales. La adopción de un sistema de paridades flotantes y de reglas de ajuste flexibles, el desarrollo de un polo privado de creación y gestión de la liquidez internacional, con la explosión del euromercado, el crecimiento de la movilidad de capitales, la innovación de productos y procesos financieros, la liberalización y la globalización de los mercados, y la consolidación de un régimen monetario multipolar son algunos de los fenómenos que dan cuenta de los cambios en las estructuras y prácticas de dichos circuitos, así como de la redefinición de las relaciones entre sus principales agentes.

Sin embargo, la crisis del dólar en 1971, como veremos más adelante, no significó el fin del dólar como principio organizador del orden monetario, ni la desaparición de las asimetrías entre el dólar y el resto de las monedas nacionales, pero sí la tendencia hacia la conformación de un mundo monetario multi-polar, debido a la mayor presencia del marco alemán y del yen japonés en los mercados monetarios y financieros cumpliendo funciones de dinero mundial. Esto es, se tiende a la consolidación de una estructura diversificada del poder monetario.

En esta nueva estructura el dólar ha perdido su carácter excluyente, aunque no privilegiado dentro del sistema monetario internacional. Simplemente mencionaremos dos ejemplos durante los ochenta. La política unilateral de sobrevaluación del dólar frente a las principales monedas europeas y japonesa

en la primera mitad de la década de los ochenta. Esta sobrevaluación del dólar del orden del 40 por ciento tenía por objetivo recuperar su papel de centro de gravedad de la actividad financiera internacional, fuertemente erosionada por el desarrollo del euromercado y de los centros financieros *off-shore* en la década de los setenta.

Otro ejemplo más significativo para nosotros lo es sin duda la asimetría en las condiciones de financiamiento de Estados Unidos y América Latina durante los ochenta. Mientras el primero se endeudaba casi sin problema, succionando el ahorro mundial a través de ofrecer altas tasas de interés, la segunda no encontraba fondos para financiar su crecimiento. La profundidad de la restricción financiera que padeció América Latina estuvo íntimamente ligada al financiamiento del déficit fiscal estadounidense. Las altas tasas de interés internacionales se debieron, en parte, a la necesidad que tenía Estados Unidos de financiar su crecimiento mediante el ahorro externo ante la insuficiencia de ahorro interno. Dinámica que tuvo como resultado el estrangulamiento del financiamiento externo, sobre el cual se había apoyado el crecimiento económico en la región durante los setenta, dando lugar a la agudización de los desequilibrios internos y al inicio de severos programas de ajuste y de estabilización.

Finalmente otra expresión del peso del dólar y de los circuitos financieros estadounidenses en el sistema monetario internacional es su papel de epicentro en todas las crisis monetario-financieras internacionales en las dos últimas décadas. La crisis del dólar en los setenta, la crisis de endeudamiento de América Latina como crisis del sistema bancario estadounidense y el *crac* bursátil de octubre de 1987 dan cuenta de esta capacidad de desestructuración de los circuitos financieros que todavía mantiene el poder de Estados Unidos.

Un ejemplo claro de ello fue la diferencia entre el *crac* bursátil de octubre de 1987 y el derrumbe del mercado bursátil de Tokio en 1990. El primero tuvo su origen en Wall Street y generó un efecto dominó sobre las demás plazas. El segundo, a pesar de presentar una caída anual del 38 por ciento, que incluso alcanzó niveles cercanos al 50 por ciento en septiembre de 1990, no tuvo un impacto desestabilizador importante sobre los demás centros bursátiles, a pesar de ser antes de la caída, el mercado más grande del mundo por su nivel de capitalización.

No obstante, hay que señalar que la hegemonía se centra en la capacidad de ejercer el control sobre los resultados, no únicamente sobre el origen de los procesos. En ello radica la posibilidad de convertirse en el principio de organización de la diversidad de circuitos monetarios. En esta persepectiva es donde se ve con mayor claridad la pérdida de hegemonía financiera de Estados Unidos. La necesidad de concertar acciones con sus pares para controlar los efectos de sus acciones manifiesta la mutación en la estructura hegemónica internacional.

La constitución del Grupo de los Cinco, con el objetivo inicial de coordinar sus políticas monetarias a partir de 1985 para lograr un devaluación ordenada y concertada del dólar –Acuerdo Plaza– y reforzado en 1987 –Acuerdo Louvre–

y posteriormente como una estructura de administración colectiva del sistema monetario-financiero internacional, marca claramente los límites del nuevo papel del poderío financiero estadounidense. La pérdida del carácter excluyente del dólar, propio del régimen de Bretton Woods y la incapacidad para organizar de manera estable y autosostenida la reproducción del orden monetario internacional, mediante el control de los resultados de los procesos que su propio accionar pone en marcha.

Este proceso de redefinición de las relaciones monetario-financieras ha generado una aguda volatilidad de los activos financieros –tipos de cambio, tasas de interés e índices bursátiles– que los convirtió en los mecanismos por excelencia de la recomposición del poder financiero mundial.

Estos mecanismos tienen una influencia directa en el corto plazo en la formación y distribución del ingreso mundial, en el valor de los activos, lo que en el largo plazo se expresa en una modificación de los balances de poder en la economía mundial. Dicho de otra manera, el transfondo estructural de estos procesos es el reordenamiento en curso de la hegemonía capitalista.

El surgimiento de Japón como principal acreedor mundial desde la segunda mitad de los ochenta y la consolidación de Alemania como el eje del Sistema Monetario Europeo, aunado al deterioro de la posición internacional de Estados Unidos –convirtiéndose en importador neto de capitales en 1985, por primera vez desde 1914–, sintetizan el reacomodo financiero más importante de la década de los ochenta.

Sin embargo, este proceso tiene muchas aristas. Por un lado, el dólar sigue siendo la divisa clave, pero que ya no ejerce un liderazgo excluyente. La conformación de un mundo multipolar es el rasgo más significativo de la era del posdólar. La progresión del marco alemán y del yen japonés como monedas internacionales y la conformación de bloques monetarios en torno a ellas son los más evidentes rasgos de este proceso.

Por otro lado, en los mercados internacionales hay un desplazamiento de las instituciones financieras estadounidenses por las japonesas y europeas, así como una diversificación monetaria en los instrumentos de dichos mercados. La emergencia de Tokio como una plaza de primer orden significó la irrupción de un gran competidor, capaz de disputarle la primacía a los mercados financieros estadounidenses.

Por el lado europeo, la profundización del proyecto de la Comunidad Económica Europea a partir de enero de 1993 con la iniciativa de un mercado único acompañado de la unificación monetaria, la creación de un banco central común y la posible incorporación de los países de Europa del Este, marcan límites nuevos al poder del dólar, dado el papel que jugará el marco en una primera etapa y luego el ECU en este bloque económico.

En este sentido, el poder financiero indiscutible de los Estados Unidos en la posguerra ha entrado en un proceso de readecuación que tiende a expresar la modificación de su papel en la economía mundial, de eje único a eje determinante.

Liderazgo monetario sin hegemonía; deudor neto pero dueño de la principal divisa internacional; pérdida de su carácter de principio organizador excluyente aunque generador de profundas asimetrías; epicentro de los desórdenes y crisis monetario-financieras pero incapacidad de ejercer el control por sí mismo de estos procesos (necesidad de la coordinación); desplazamiento cuantitativo de sus mercados y agentes financieros en la escena internacional, pero conducción cualitativa no sólo en sus tendencias, sino también en las transformaciones de sus estructuras y prácticas, son el conjunto de situaciones que expresan la ambivalencia propia de todo periodo de transición y recomposición del poder financiero mundial.

En resumen, la reordenación hegemónica en el terreno financiero es compleja. Sin duda hay una declinación del poder financiero estadounidense, pero dicho deterioro no supone negar su papel de primera fuerza, ni que el dilema entre recomposición y decadencia esté resuelto.

2. DETERIORO ECONÓMICO ESTADOUNIDENSE Y REORDENAMIENTOS HEGEMÓNICOS

A partir de la crisis del dólar, pero principalmente a raíz de la conversión de la economía estadounidense en una economía deudora neta, se ha planteado el problema del deterioro hegemónico de Estados Unidos.

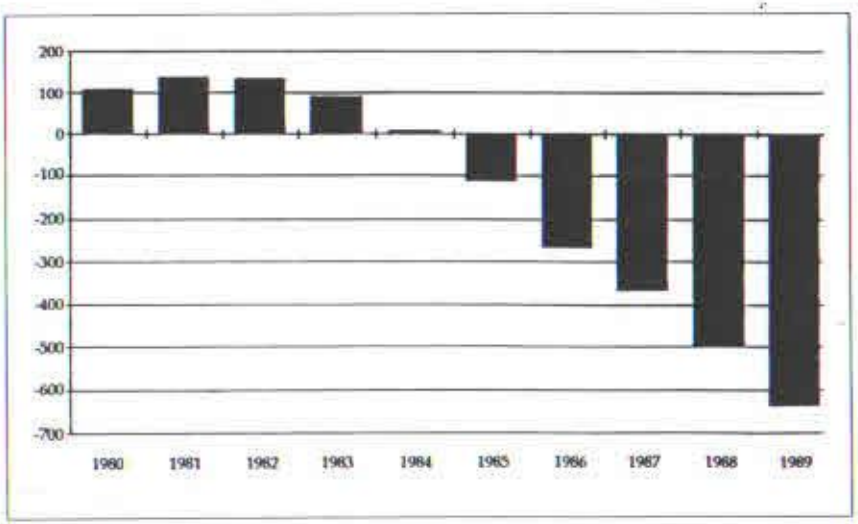
Las tendencias macroeconómicas dan cuenta de este proceso. Mencionaremos sólo algunas. En 1960, el producto nacional de Estados Unidos representaba el 43 por ciento del producto mundial, al finalizar la década de los ochenta representa alrededor del 25 por ciento. En ese mismo periodo sus exportaciones pasaron del 18 por ciento de las exportaciones mundiales al 12.6 por ciento y sus importaciones aumentaron del 13 por ciento al 16.6 por ciento (lo que habla de una mayor vulnerabilidad a los choques y restricciones externas), la inversión disminuyó de cerca del 50 por ciento del total mundial a menos del 35 por ciento. Además, la importancia y el peso de las empresas trasnacionales y de los bancos estadounidenes en los circuitos productivos y financieros ha disminuido de manera sensible.

Finalmente, el otro indicador importante que marca de manera clara el deterioro de la economía estadounidense es su conversión en una nación deudora neta internacional en 1985, luego de setenta años de tener una posición acreedora. De banquero mundial a importador neto de capitales. Hecho que sintetiza la declinación relativa –¿irreversible?– de la economía más grande e importante del mundo.

La conversión de Estados Unidos en deudor neto se desarrolla a la par del surgimiento de Japón como el mayor acreedor mundial desde 1985, es decir como la principal potencia financiera del mundo, al pasar sus activos externos netos de menos de 10 mil millones de dólares en 1980 a más de 350 mil millones en 1989.[1]

[1] Véase GUTIERREZ P., Antonio, "La economía japonesa en los ochenta", *Comercio Exterior*, Vol. 38, No. 3, México, marzo de 1988.

Gráfica 1
Posición de la inversión internacional neta de Estados Unidos
(miles de millones de dólares)



Fuente: Departamento de Comercio, E.U.

El caso de Estados Unidos es exactamente el inverso. El deterioro de su posición internacional se expresa nítidamente en las cifras: de un saldo positivo de 108 mil millones de dólares en 1980 a uno negativo de 112 mil millones en 1985 y que alcanza un monto hasta hace poco inimaginable de más de 600 mil millones al cerrar la década.

Indudablemente que el cambio en la posición internacional de Estados Unidos es un evento de trascendencia y significación mundiales, pues supone un cambio estructural en la configuración económica internacional.

Este fenómeno aunado a la mayor vocación importadora de la economía estadounidense plantean serios cuestionamientos al papel del dólar como dinero mundial. Una de las características de las economías con divisas clave, además del tamaño y peso determinantes de su economía y de sus mercados financieros en la dinámica mundial, es su relativo aislamiento de los desarrollos económicos externos. Esta condición es necesaria para el funcionamiento asimétrico de los ajustes y para garantizar la liquidez mundial.

La acentuación del deterioro hegemónico de Estados Unidos durante los ochenta la encontramos en el déficit fiscal, en la declinación de la competitividad norteamericana –como lo expresa el crónico déficit comercial– y en la fortaleza del dólar de 1980 a principios de 1985.

El primer problema hace referencia al persistente y abultado déficit fiscal, el cual expresa un desequilibrio fundamental entre el ahorro y la inversión. Dado que la inversión fija bruta ha mantenido una tasa ligeramente superior a su promedio histórico[2], el déficit fiscal ha deteriorado el balance entre ambos; esto, aunado al bajo nivel de ahorro nacional, se ha traducido –para no estrangular la inversión doméstica– en una dependencia de los flujos de capitales extranjeros para poder financiar el crecimiento de la economía estadounidense.

El ahorro neto en Estados Unidos como porcentaje del ingreso nacional promedió solamente 4.2 por ciento en la década de los ochenta muy por debajo del 11.5 por ciento en promedio de las otras economías industriales. La baja tasa de ahorro del sector privado explica las dificultades para financiar el déficit fiscal. El déficit del gobierno federal fue el equivalente de cerca del 40 por ciento del ahorro privado neto, relación muy alta comparada con el 14 por ciento que en promedio presentaron las demás economías del Grupo de los Siete.[3]

De acuerdo a la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), el ahorro externo neto que Estados Unidos ha tenido que conseguir para equilibrar el balance ahorro-inversión entre 1985 y 1989, ha fluctuado entre el 1.9 por ciento hasta el 3.4 por ciento de su producto nacional. Esta proporción de ahorro externo supone una cantidad acumulada de más de 650 mil millones de dólares en estos cinco años. Con lo cual esta nación vive una situación desconocida en mucho tiempo, la dependencia de los flujos de capital provenientes del exterior, y en particular del Japón –alrededor del 40 por ciento del total–, para mantener su crecimiento.

El deterioro inédito de la posición internacional de Estados Unidos se ha traducido en una enorme vulnerabilidad de su economía, ya que su crecimiento no depende solamente de su dinamismo interno, sino también de la actividad de los inversionistas extranjeros. En este sentido, el incremento de los déficit fiscales no es más que un aspecto del desequilibrio del financiamiento interno del crecimiento estadounidense.

El segundo problema relativo a la pérdida de competitividad se expresa claramente en el persistente crecimiento del déficit comercial que alcanzó en 1987 una cifra récord de 160 mil millones de dólares, para luego descender hasta 108 mil millones en 1990. Además, el impacto de este déficit en la balanza de cuenta corriente ha sido tal que sin duda es la fuente principal del desequilibrio de esta última, que en 1990 presentó un déficit de 92 mil millones.

El deterioro de la posición comercial estadounidense abarca todos los sectores, destacando el caso de las manufacturas y de los productos de alta tecnología, y está presente en casi todas las regiones. Aunque por su importancia resalta el déficit con Japón, que junto con los nuevos países industrializados de la Cuenca del Pacífico alcanza más del 50 por ciento del total.[4]

[2] OECD, "United States", 1988/1989, *Economic Surveys*, Francia, 1989.
[3] OECD, "United States", 1989/1990, *Economic Surveys*, Francia, 1989.
[4] CODINEZ, Victor, "Estados Unidos: mutación productiva y desafíos competitivos", CLEPI, Chile, 1989.

Cuadro 1
EL PAPEL DEL AHORRO EXTERNO
EN LA ECONOMÍA ESTADOUNIDENSE
(Porcentaje del PNB)

	1970	1980	1985	1986	1987	1988	1989
Inversión interna privada bruta	14.7	16.0	16.0	15.6	15.5	15.3	14.8
Ahorro interno bruto	15.2	16.3	13.3	12.4	12.3	13.5	13.3
Déficit/excedente	0.6	0.3	-2.7	-3.2	-3.2	-1.9	-1.5
Ahorro externo neto	-0.3	-0.5	2.8	3.2	3.4	2.4	1.9

Fuente: OECD, *Economic Surveys*, United States, 1989-90.

Este proceso se refiere a un problema nodal de la industria estadounidense: la incapacidad de revertir en el corto y mediano plazos la tendencia a la caída de la tasa de crecimiento de su productividad y por ende, de su competitividad. Este fenómeno está en el centro del cuestionamiento de la hegemonía norteamericana y de la explicación de la declinación relativa de su poderío. Además, todo parece indicar que la primacía industrial, tecnológica y financiera de Estados Unidos no podrá ser recreada con el mismo vigor de antaño.

Esta afirmación se sustenta en el análisis del comportamiento de las inversiones productivas durante la década de los ochenta, lo que a su vez define el posible carácter de la conversión de la economía estadounidense en una economía importadora neta de capitales. En términos históricos, esta situación no es sinónimo de declinación económica. El periodo 1884-1893, en el cual Estados Unidos tuvo un alto nivel de endeudamiento neto de alrededor del 20 por ciento del ingreso nacional, se combinó con las tasas más altas de inversión y ahorro. Esta última de 19 por ciento del ingreso nacional y la primera por arriba del 20 por ciento. Ejemplo de que ser importador neto de capitales puede en determinadas condiciones impulsar la inversión y el crecimiento.

Sin embargo, en esta ocasión la situación parece ser diferente, ya que si bien el crecimiento promedio de la inversión fija bruta es ligeramente superior al de otros ciclos de expansión: 16.7 por ciento y 15.9 por ciento respectivamente; la inversión fija neta –inversión bruta menos depreciación– es menor: 4.9 por ciento frente al 6.5 por ciento en expansiones previas. Y este indicador al medir el incremento del *stock* de capital contribuye al aumento de la capacidad productiva.[5]

[5] Véase a este respecto, FAUST, Jon, "U.S. Foreign Indebtedness: Are We Investing What We Borrow?", *Economic Review*, Federal Reserve Bank of Kansas City, July/August, 1989.

Esta situación tiende a hipotecar el futuro productivo y financiero de Estados Unidos, así como los niveles de bienestar de su población. En la actual expansión la tasa de ahorro privado es menor, los déficit gubernamentales mayores y la inversión neta débil. En síntesis, los fondos extranjeros no han dado lugar a un *boom* de la inversión que resultara en un incremento del crecimiento y del ingreso; por el contrario, han generado un *boom* del consumo sustentado en el endeudamiento de la nación entera y de sus diferentes agentes económicos.

3. EL DÓLAR: ¿DE LA HEGEMONÍA A UN RÉGIMEN MULTIPOLAR?

El reordenamiento de la hegemonía financiera que expresa la modificación de la posición internacional de Estados Unidos y Japón se ha desarrollado en el contexto de un régimen monetario multipolar y de paridades flexibles. En este sentido, la esfera monetaria se ha constituido en uno de los espacios privilegiados de la redistribución de la riqueza financiera y, en consecuencia, del control del excedente.

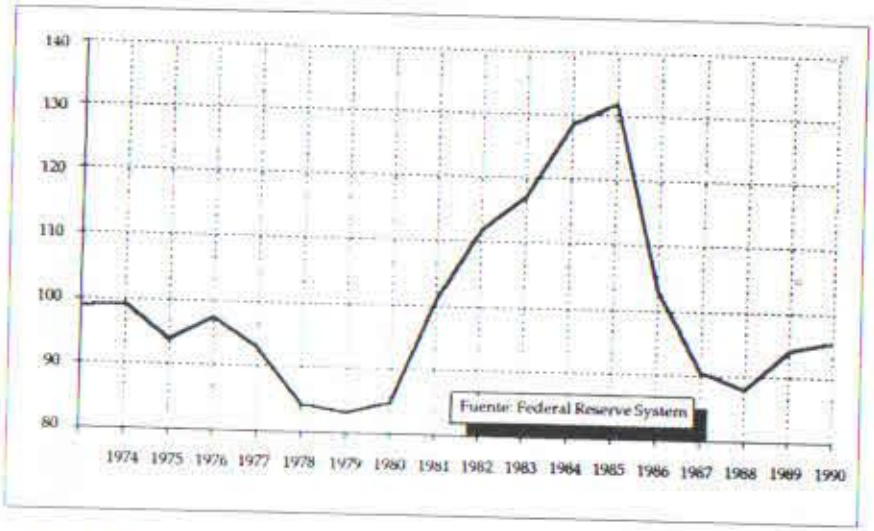
De fines de 1979 a fines de 1990 hemos asistido a un triple movimiento de las paridades cambiarias de las principales divisas del mundo. De octubre de 1979 a febrero de 1985, el dólar norteamericano vivió un intenso proceso de revaluación frente a las monedas europeas y japonesas. La apreciación real del dólar en esos años fue aproximadamente de 40 por ciento. En términos bilaterales destaca la apreciación del dólar frente al marco alemán del 60 por ciento, mientras que en relación al yen japonés fue de 20 por ciento.

De marzo de 1985 hasta diciembre de 1987, un movimiento inverso en que el dólar se devaluó frente a las divisas más importantes en 37 por ciento, depreciándose en relación al yen en 50 por ciento y frente al marco alemán en 42 por ciento. Finalmente, de enero de 1988 a diciembre de 1990 en que el dólar se mueve dentro de los márgenes establecidos por el acuerdo Louvre –gracias a las numerosas y masivas intervenciones de los bancos centrales del Grupo de los Cinco– revaluándose 9.2 por ciento frente al yen y devaluándose alrededor del 7 por ciento en relación al marco.

Las razones que explican la primera etapa de revaluación del dólar en los ochenta son varias. En primer lugar, la consolidación de un nuevo patrón basado en el sistema de paridades flotantes y reglas de ajuste flexible. Patrón monetario que fue la única alternativa viable para evitar un posible fraccionamiento en bloques monetarios ante la ausencia de una divisa capaz de desplazar y substituir al dólar como elemento de cohesión de la diversidad monetaria. El sistema de paridades flotantes permitió un mayor margen de acción del dólar, y con ello recreó la asimetría entre esta divisa y el resto de las monedas.

En segundo lugar, la modificación de la política monetaria en Estados Unidos en octubre de 1979 –política recesiva basada en un estricto control de la oferta monetaria, a través de la fijación de objetivos o rangos de crecimiento monetario, abandonando en consecuencia el control de las tasas de interés– que tenía por objetivo principal romper con las expectativas inflacionarias que

Gráfica 2
Dólar: tipo de cambio real efectivo. 1973-1990



estaban determinando el comportamiento de los agentes económicos. El impacto inmediato de este cambio fue el alza espectacular de las tasas de interés, con un diferencial favorable a Estados Unidos frente a los otros países.

Finalmente otros factores importantes en el fortalecimiento del dólar fueron la reforma fiscal de 1981 y la liberalización de las normas regulatorias del sistema financiero norteamericano. Estos dos hechos aunados a las altas tasas de interés, en un contexto de integración financiera y de liberalización de los movimientos de capitales, es lo que explica la fortaleza del dólar en la primera mitad de la década de los ochenta, afectando profundamente los flujos de capital a nivel internacional. De esta manera se fueron creando las condiciones para el deterioro de la posición internacional de Estados Unidos, hasta convertirlo en un deudor neto.

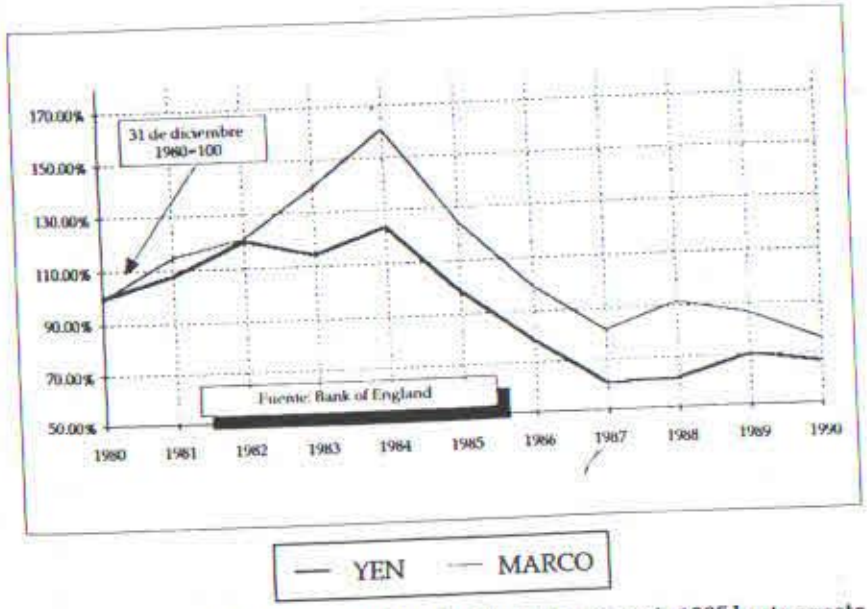
A finales de 1984, la fortaleza del dólar era tal que numerosos analistas planteaban la necesidad de analizar los elementos que permitían hablar de la recuperación de la hegemonía de ese país, dado que mantenía la capacidad de determinar para las demás naciones un marco de política económica internacional ajustada a sus propios intereses. La política monetaria estadounidense reafirmaba su carácter de política monetaria mundial. Esta se desplegaba al margen de todas las restricciones que impone el desenvolvimiento de la balanza de pagos al resto de los países.

Pero las consecuencias de la revaluación del dólar fueron múltiples y en gran medida profundizaron el deterioro productivo al tener un costo económico muy elevado. La caída de la competitividad internacional, los déficit

gemelos, la falta de estímulos a la exportación y su parálisis, la declinación de ramas enteras, etc., fueron algunos de sus impactos más relevantes. El triunfo efímero que significó la fortaleza del dólar precipitó la agudización de los problemas estructurales que se venían gestando en la economía estadounidense.

El deterioro de los indicadores macroeconómicos de esa nación a principios de 1985 señalaban con claridad que la necesidad de un ajuste monetario era inaplazable, pues de otra manera se cuestionaba la estabilidad de los circuitos financieros internacionales. La devaluación del dólar se inicia a finales del primer trimestre de 1985 y en septiembre el Grupo de los Cinco define una estrategia para buscar un descenso ordenado y concertado de la divisa estadounidense.[6]

Gráfica 3
El Dólar frente al Marco y al Yen



Como se puede observar en el Cuadro No. 2, de marzo de 1985 hasta agosto de 1990, la devaluación del dólar es significativa, destacando por sus magnitudes la depreciación frente al marco alemán en 54.3 por ciento y al yen japonés en 44.7 por ciento.

[6] A este respecto se puede encontrar una descripción detallada de este proceso en Yoichi Funabashi, *Managing the dollar: from the Plaza to the Louvre*, Institute for International Economics, Washington, D.C., 1988.

115910

La tercera etapa, que se inicia en enero de 1988, tiene como motores el firme comportamiento de la economía estadounidense después del *crac* de otoño de 1987 y los impactos positivos de la devaluación del dólar en las variables externas estadounidenses. De acuerdo a la OCDE, las exportaciones de manufacturas han competido con una tasa real de cambio 18 por ciento por debajo de la tasa de inicios de los ochenta.

A partir del segundo semestre de 1987 hasta la fecha, las exportaciones netas han contribuido al crecimiento económico agregado de Estados Unidos. Fenómeno que no estaba presente desde 1980. Incluso es importante mencionar el vigoroso crecimiento de las exportaciones estadounidenses durante 1990. Este sector es prácticamente el único que todavía mantiene un crecimiento, especialmente en las exportaciones de bienes de capital. De acuerdo al Departamento de Comercio, Estados Unidos presentó por primera vez en 8 años un superávit comercial con Europa Occidental del orden de 4 mil millones de dólares. Sus exportaciones a esta región crecieron 13 por ciento.

Cuadro 2
MOVIMIENTOS EN LAS TASAS DE CAMBIO DEL DOLAR
(Cambio porcentual al 27-31 de agosto de 1990)

	Tasa de cambio real[4]	Tasa de cambio 1980	Punto más alto[1]	Acuerdo Louvre[2]	Acuerdo Plaza[3]
Dólar, tasa de cambio efectiva	-18.4	-12.3	-38.5	-12.5	-34.3
Frente al yen	+18.2	-29.6	-44.7	-6.2	-40.5
Frente al marco	+4.5	-20.7	-54.3	-14.8	-46.4
Frente al franco	-4.6	+14.9	-50.0	-14.0	-41.0
Frente a la libra	-24.8	+23.3	-30.3	-20.9	-30.3

1.- Del 4 al 8 de marzo de 1985. 2.- Del 16 al 20 de febrero de 1987. 3.- Del 16 al 20 de septiembre de 1985. 4.- Calculada a partir de los costos unitarios relativos del trabajo en las manufacturas.

Fuente: OECD, *Economic Survey*, United States, 1989-1990.

A pesar del relativo mejoramiento de la balanza comercial y de cuenta corriente en los últimos tres años, que permitió reducir la primera de 160 mil millones de dólares en 1987 a 108 mil millones en 1990 y la segunda de 162 mil millones a 92 mil millones, y del crecimiento de la productividad en las manufactureras, que ha permitido cerrar la brecha en relación a las economías europeas y japonesa, persisten numerosas dudas, más allá de la recesión actual, sobre la capacidad de la economía estadounidense para recrear de manera significativa su hegemonía de antaño.

La magnitud y la profundidad de los cambios observados y las perspectivas confirman que la progresión y la fortaleza de las economías alemana y japonesa responden a las transformaciones estructurales de la configuración económica mundial, incluyendo el desplome de los países socialistas. Con lo cual se avanzará a la conformación de un mundo económico multipolar. En el plano monetario-financiero las tendencias parecen confirmar la configuración de un sistema monetario con tres divisas clave. Veamos algunos indicadores.

El volumen de activos denominados en dólares en las reservas oficiales de los bancos centrales ha disminuido, como se observa en la Gráfica no. 4, de 78 por ciento a 61 por ciento en los últimos quince años, mientras que el marco alemán ha progresado en el mismo periodo del 9 por ciento al 20 por ciento, y por su parte el yen japonés del 2 por ciento al 8 por ciento.

Aunque el dólar sigue manteniendo un papel privilegiado como medio de pago y de reserva, su cuestionamiento es aún mayor en los mercados privados internacionales, donde se constata una mayor diversificación monetaria y un deterioro de la posición del dólar mucho más pronunciado, ya que en este renglón no es un proceso gradual de quince años como en el anterior, sino una tendencia que se presenta y se acentúa a partir de 1985.

En relación a la emisión de eurobonos denominados en dólares su volumen ha caído considerablemente, ya que en 1982 representaba más del 80 por ciento y al finalizar 1990 tan sólo el 34 por ciento. En cambio el yen y el marco ven progresar de manera considerable su participación en estos mercados. El primero pasó del 1 por ciento en 1982 al 14 por ciento en 1990 y el segundo aumentó del 6 por ciento al 10 por ciento en el mismo periodo.

De este análisis podemos extraer las siguientes conclusiones:

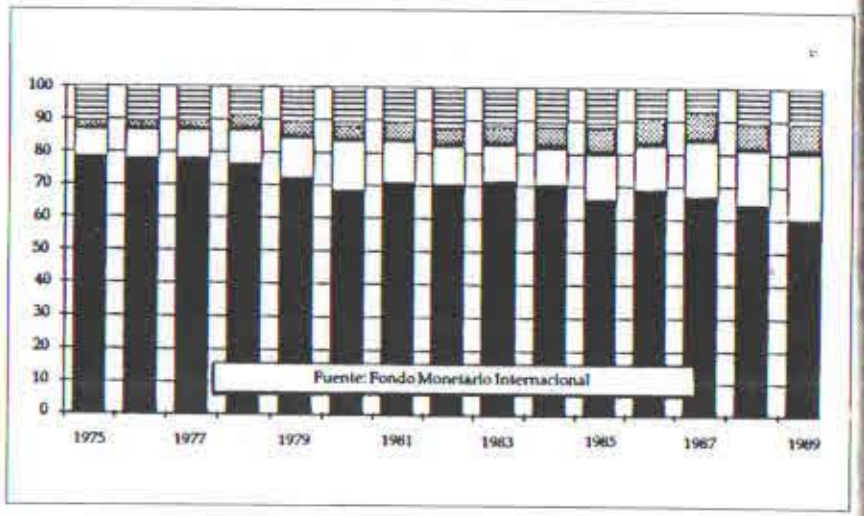
Primero, la crisis del dólar en 1971 no significó el deterioro acelerado y progresivo de sus funciones como dinero mundial. Las ideas generalizadas de los setenta sobre el fin del papel del dólar resultaron prematuras. Sin duda que la ruptura de los acuerdos de Bretton Woods inauguró un proceso de cuestionamiento de su papel hegemónico, pero no significó su desplazamiento definitivo en sus funciones de medio de reserva mundial, sino que se convirtió, según la expresión de B. Cohen, de "*primus Motor*" en "*primus inter pares*".[7] Esto es, en una moneda que ejerce un liderazgo sin hegemonía.

Por ello, el actual patrón monetario de cambios flotantes y ajustes flexibles no supuso la eliminación de las asimetrías entre el dólar y el resto de las monedas nacionales, pero sí una mayor inestabilidad, ya que requiere de formas permanentes e institucionales de cooperación ante la ausencia de una norma de convertibilidad y de mecanismos de ajuste universalmente aceptados.[8]

Segundo, los años ochenta significarán en este sentido la inauguración de la era del posdólar. Esto no significa la eliminación de la moneda estadounidense de la estructura hegemónica internacional, sino la presencia de un régimen multipolar, jerarquizado y administrado, en el cual el dólar como dinero mundial perderá su carácter excluyente, propio del régimen de Bretton Woods.

[7] Véase: COHEN, B., *La organización del dinero mundial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
[8] Véase: AGLIETTA, M., *El fin de las divisas clave*, México, Siglo XXI, 1988.

Gráfica 4
Composición monetaria de las Reservas Internacionales



Por ello, la coordinación monetaria no representa una elección voluntaria, sino una restricción que se está imponiendo a la voluntad de los países industriales, para abrir la posibililidad de generar las virtudes estabilizadoras que cualquier patrón monetario que aspire a garantizar su unicidad y, por ende, su reproducción.

En un régimen de esta naturaleza no se puede pensar en la restauración del pasado hegemónico del dólar, ni su sustitución por otra divisa clave, como fue el caso de la libra esterlina por el dólar estadounidense.

En un mundo caracterizado por una compleja red de interdependencias y ambivalencias no parece haber lugar para un patrón monetario sustentado en una divisa clave. La negociación y la coordinación institucionalizada tendrán que ser los principios de la organización de la diversidad monetaria. De no ser así, la acumulación de tensiones y disputas desembocarán en una fragmentación del poder monetario, incapaz por lo mismo de garantizar la estabilidad de las relaciones económicas internacionales.

Plantear la necesidad operativa de los principios señalados anteriormente como alternativa a la actual inestabilidad monetaria, no supone pensar el régimen monetario internacional como neutro. Este será siempre la codificación de las relaciones de poder, implica por ende una jerarquía que se sustenta en la desigualdad de fuerzas. Un régimen multipolar no supone la desaparición de las asimetrías, sino una forma de organización diferente de las mismas.

4. LOS REACOMODOS DE LOS AGENTES Y DE LOS MERCADOS FINANCIEROS

Los desafíos que enfrentan las instituciones financieras estadounidenses a fines de los ochenta están íntimamente ligados a la desreglamentación y globalización financieras, al deterioro de las condiciones de la hegemonía del dólar, así como al impacto que tuvo la crisis de la deuda –sobre todo de América Latina– en su solidez y dinamismo.

Por un lado, asistimos al desplazamiento del papel hegemónico de los grandes bancos estadounidenses en los mercados internacionales, que es una de las razones esgrimidas por el actual secretario del Tesoro estadounidense N. Brady para sustentar la necesidad de una profunda reforma del sistema financiero de esa nación.

Hace 30 años, 16 de los 25 bancos más grandes por el tamaño de sus activos eran norteamericanos, en 1970 los tres primeros lugares los ocupaban el Bank America, el CitiCorp y el Chase Manhattan y de los once más grandes, ocho eran de ese país. Sin embargo, para fines de 1990 sólo aparece uno entre los primeros 25 –el CitiCorp en el lugar número 18–, 2 entre los 50 y 87 entre los 500. Son los bancos japoneses los que han desplazado a los estadounidenses, pues ocupan los seis primeros lugares; además, 15 se sitúan entre los primeros 25, 20 entre los 50 y 107 entre los 500.

Este fenómeno está ligado al surgimiento de Japón como primera potencia financiera, a la revaluación del yen en la segunda mitad de los ochenta y a su marcado proceso de internacionalización.[9]

Cuadro 3
PRINCIPALES BANCOS DEL MUNDO POR TAMAÑO DE ACTIVOS

1970 INSTITUCIÓN	PAÍS	1990 INSTITUCIÓN	PAÍS
1. Bank of America	E.U.	1. Dai-Ichi Kangyo	JAP
2. CitiCorp	E.U.	2. Mitsubishi Bank	JAP
3. Chase Manhattan	E.U.	3. Sumitomo Bank	JAP
4. Barclays	G.B.	4. Mitsui Taiyo Kobe Bank	JAP
5. Manufacturers Hanover	E.U.	5. Sanwa Bank	JAP
6. J.P. Morgan	E.U.	6. Fuji Bank	JAP
7. National Westminster	G.B.	7. Crédit Agricole	FRA
8. First Interstate	E.U.	8. Banque Nationale de Paris	FRA
9. Banco Nazionale de Lavoro	IT	9. Industrial Bank of Jap.	JAP
10. Chemical, N.Y.	E.U.	10.Crédit Lyonnais	FRA

Fuente: *The Banker*, 1971 y 1991.

[9] Véase, GUTIERREZ P., Antonio, "La economía japonesa en los ochenta", *Comercio Exterior*, Vol. 38, No. 3, marzo 1988.

Aunque las cifras del Cuadro No. 3 dan cuenta del deterioro de la posición internacional de la banca estadounidense, hay consenso entre los especialistas financieros sobre los límites de este tipo de indicadores para medir la solidez y el desempeño bancario internacionales.

La necesidad de construir nuevos índices para medir la fortaleza bançaria está ligada al profundo cambio en las formas de financiamiento a nivel mundial. Esta tendencia, junto a las casi nulas regulaciones en los mercados internacionales, ha permitido a los bancos comerciales estadounidenses y japoneses operar como banca universal en el ámbito internacional, a diferencia de como lo hacen en sus respectivos países.

Así, por ejemplo, por medio de sus filiales el Security Pacific Corp. participa en las bolsas de valores de Singapur y Hong-Kong con un 35 por ciento y 10 por ciento del volumen operado respectivamente; las ganancias de los 16 bancos más grandes de Estados Unidos por el comercio con divisas aumentaron de 279 millones de dólares en 1979 a casi 3 mil millones de dólares en 1987.[10]

A raíz del acuerdo de Basilea sobre requerimientos de capital, los bancos con actividades internacionales han reconsiderado sus estrategias de crecimiento. El acuerdo elaborado por el Banco de Pagos Internacionales obliga a la banca comercial a tener un monto de 8 por ciento de capital en relación con sus activos.

Conforme a los datos del Cuadro No.4, la situación de los bancos estadounidenses no es tan pesimista como lo señalaría la clasificación por activos o capital accionario. En función a los requerimientos de Basilea, la relación actual entre capital y activos de los bancos estadounidenses internacionales es de 5.85 por ciento. En cambio, esta relación para la banca japonesa está en los niveles más bajos del mundo, 2.67 por ciento.

De acuerdo a un estudio del Mitsui Bank, para alcanzar los mínimos establecidos los 33 bancos japoneses más importantes requieren reducir la tasa de crecimiento de sus activos de 12 por ciento a 8 por ciento e incrementar su capital accionario a una tasa de 14.5 por ciento anual, lo que implica una expansión de capital de 7 billones de yenes en cinco años.[11]

En este sentido, es factible prever una menor expansión de los bancos japoneses en los próximos años para poder cumplir con los requisitos de los acuerdos de Basilea.

A pesar de ello, el panorama para los grandes bancos estadounidenses sigue pletórico de desafíos. Proteger su base nacional de los bancos extranjeros y superregionales, reconstruir sus balances financieros saneando la calidad de sus créditos –deuda de América Latina–, romper las barreras que no le permiten en su país actuar como banca de inversión, y aprovechar las nuevas oportunidades en los mercados internacionales –Europa 92–. En esta perspectiva se ubica la reciente iniciativa de la administración Bush de reforma del sistema financiero, que de llevarse a cabo en los términos propuestos, supresión de la ley McFadden y de la ley Glass Stegall, permitirá una concentración sin precedentes en esa nación, que abarcará no sólo al sistema financiero sino al conjunto de la economía.

[10] HOUPT, James V., "International Trends for US Banks", Board of Governors, Federal Reserve System, mayo de 1988.

[11] Véase: "Japanese Banks Respond to Basle Rules", *International Currency Review*, Vol. 19, No. 5, 1989.

Cuadro 4
Clasificación de la Banca-Acuerdo de Basilea

País	No. de Bancos	Capital/activos (%)
Inglaterra	31	5.92
Estados Unidos	205	5.85
Italia	110	5.44
Francia	30	3.35
Alemania Federal	103	3.22
Japón	109	2.67

Fuente: *The Banker*, julio de 1989.

Por otro lado, el desplazamiento de las corporaciones financieras estadounidenses también incluye los bancos de inversión y las firmas bursátiles. Las principales corporaciones en relación a su valor de mercado eran al finalizar los ochenta, las ocho primeras, y además cinco de los diez principales suscriptores de bonos en los mercados internacionales eran nipones.[12]

Las instituciones japonesas no solamente son los principales corredores de los eurobonos denominados en yenes, sino que cuatro de los 10 más importantes corredores de eurobonos denominados en dólares son de esa nacionalidad. Destacando el caso de Nomura que ocupa desde 1987 el primer lugar.

Estos datos confirman la idea señalada anteriormente: el papel cada vez más protagónico de las instituciones financieras japonesas en el creciente mercado global de capitales, en detrimento del papel de las estadounidenses. Aunque, sin embargo, es posible esperar en los noventa una disminución relativa de la presencia japonesa, como ya sucedió durante el año pasado, de manera tal que los mercados expresen de forma más adecuada un mundo multipolar.

De forma paralela a la penetración de los bancos japoneses en los mercados financieros internacionales, Tokio se ha convertido en un centro financiero de primer orden. El centro finaciero *off shore* que inició sus operaciones a finales de 1986 con un tamaño inicial de 55 mil millones de dólares, alcanzó a fines de 1988 una cifra superior a los 300 mil millones de dólares, con lo cual tiene un volumen de operaciones superior al de Nueva York (International Banking Facilities).[13]

A su vez, la Bolsa de Valores de Tokio se ha consolidado como una de las tres principales plazas en el mundo y cerró la década de los ochenta como el mercado más grande en términos cuantitativos, expresando con toda claridad el reacomodo de la riqueza financiera a que hemos hecho referencia.

[12] EUROMONEY, marzo de 1990.

[13] Véase: GUTIERREZ P., Antonio, "El papel de Japón en la reorganización financiera internacional", *Mercados*, Facultad de Economía, UNAM, No. 1, 1990.

En 1980 el mercado bursátil estadounidense era el más grande del mundo, al representar el 52.8 por ciento del valor total de las bolsas; en cambio, para finales de 1990 contaba tan sólo con el 32 por ciento. De 1987 a 1989 el mercado bursátil japonés ocupó este lugar. A fines de 1989, el 37.5 por ciento del valor total de las acciones en circulación en el mundo se concentraba en este país, por un valor superior a los 4 billones de dólares, pero el derrumbe de 1990 hizo que este monto se redujera a un poco menos de 3 billones de dólares y que representara el 30.6 por ciento del total de la capitalización de los mercados.

Como podemos ver, la masiva destrucción de capitales que significó el *crac* bursátil del otoño de 1987 lo convirtió en uno de los momentos más significativos del reacomodo de la riqueza financiera a favor de Japón, pues no hay que olvidar que Tokio cerró la década de los ochenta 46 por ciento por arriba de su nivel récord previo al crac, mientras Wall Street apenas lo alcanzaba.[14]

Aunque por otro lado, dio lugar a una burbuja especulativa en Tokio que se derrumbó en 1990 cuando la bolsa perdió 38 por ciento en el año, con lo cual Wall Street vuelve a recuperar su papel de primera bolsa en términos cuantitativos.

Por otro lado, los mercados financieros alemanes comienzan a tener un mayor peso, luego de que habían estado sometidos por las regulaciones existentes. Actualmente los mercados bursátiles en Alemania representan el 3.4 por ciento del valor total de los mercados accionarios y ocupan el cuarto lugar; en cambio en 1980 ocupaban el sexto sitio y representaban el 2.6 por ciento del valor mundial.

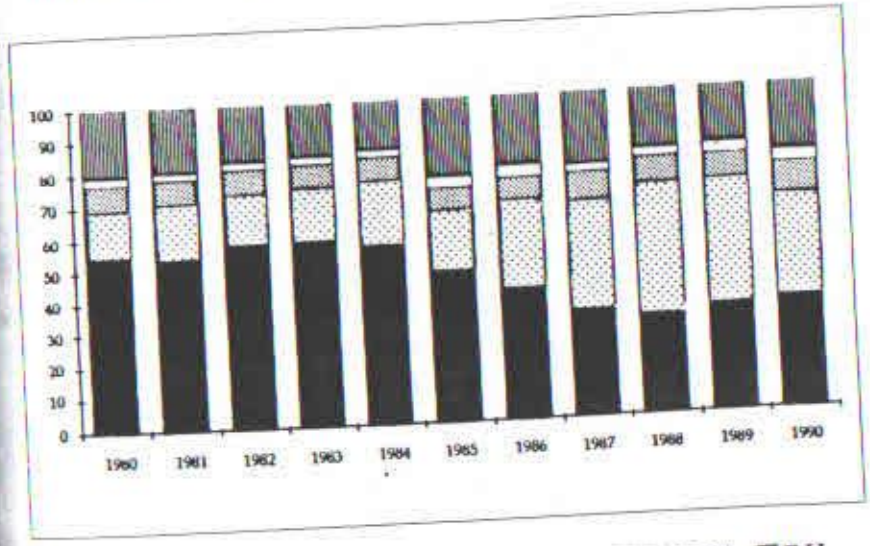
A pesar de que Frankfurt es un mercado con poco dinamismo en términos de innovaciones financieras y sólo cuenta con un mercado de futuros desde enero de 1990, no podemos olvidar que la fortaleza del marco alemán y su papel hegemónico en el sistema monetario europeo han significado en los hechos que la política monetaria alemana sea el eje de la política monetaria europea. Además, los acontecimientos en Europa del Este han fortalecido el papel de la economía alemana en la región. La casi segura ampliación de la zona marco a los países del Este europeo parece ser un hecho irreversible, hecho que tendría numerosas consecuencias.

Primero, supondría la consolidación de Frankfurt como la capital financiera de Europa del Este y del Bundesbank como el verdadero banco central y de reconstrucción de esa región. Segundo, este hecho aunado al esperado proceso de liberalización e internacionalización de los mercados financieros alemanes, fortalecería la posición alemana para ser el eje financiero de la Comunidad Europea, debilitando el papel de Londres como la plaza financiera por excelencia de Europa. Lo que además le permitiría empezar a rivalizar con los mercados japoneses y estadounidenses.

A pesar del desarrollo de los mercados de capitales japoneses y europeos, Wall Street y los circuitos financieros estadounidenses conservan su primacía en términos cualitativos. El proceso de desregulación de los mercados bursátiles comenzó en Nueva York en 1975 al abolir las comisiones fijas y las restricciones

[14] Véase: GUTIERREZ P., Antonio, "El *crac* bursátil, la economía de endeudamiento y la disputa por la hegemonía", *Problemas del Desarrollo*, México, No. 78, 1989.

Gráfica 5
Distribución de la capitalización de los principales Mercados Bursátiles



Fuente: Morgan Stanley-Capital Int.

a no residentes. En ella se inició el ciclo bursátil alcista de los ochenta, al arrastrar al conjunto de las bolsas de valores, y también señaló su fin al desplomarse en octubre de 1987, generando un efecto dominó sobre los demás centros accionarios.

Además, sigue marcando la pauta en términos de modificaciones en la estructura del mercado y en la innovación de instrumentos de inversión, de comercio, etc. Esto último no sólo es válido para las plazas bursátiles, sino para el conjunto de los mercados financieros. No podemos olvidar que en Estados Unidos se inició el proceso de desregulación de estos mercados y la innovación de productos y técnicas de gestión de la liquidez, marcando con ello las pautas de los cambios en las estructuras financieras.

En síntesis, en esta esfera también vemos un reacomodo del poder financiero hegemónico, de carácter ambivalente, ya que a la par que comprobamos un desplazamiento de las instituciones financieras estadounidenses y del peso cuantitativo de sus mercados, éstos mantienen un liderazgo cualitativo que les permite seguir siendo los ejes del sistema financiero internacional, pero al igual que en el caso del dólar este liderazgo no es absoluto ni mucho menos excluyente.

6. La amplia red de sistemas computarizados, de telecomunicaciones y máquinas copiadoras han modificado radicalmente la disponibilidad de la información. El mayor flujo de ideas y datos debería reforzar la cooperación internacional. Una red de comunicaciones más densa entre países difunde las normas y valores comunes entre las sociedades. La revolución en la información también favorece la transparencia. Incluso si los países no participan en acuerdos para el intercambio de información, las nuevas tecnologías facilitan la recopilación de datos y la supervisión de los acuerdos de control de armamento.

7. Debido a los cambios en la naturaleza de la actividad económica y de las fuentes de riqueza, la expansión territorial es menos valorizada de lo que fue durante periodos anteriores. En la medida en que las economías nacionales han cambiado su orientación de agrícolas a industriales y a postindustriales, la conquista territorial ha declinado en importancia como fuente de poder estatal.[18]

CONCLUSIONES

Estos rasgos del mundo que surge después de la guerra fría proporcionan buenas razones para creer que la declinación de Estados Unidos aunque sea una fuente potencial de inestabilidad internacional, será acompañada por un entorno internacional cada vez más pacífico. En potencia, el cambio estructural –de la bipolaridad a la multipolaridad– que conduzca a la inestabilidad es probable que sea más que compensada por los cambios ideológicos asociados con el acercamiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. De igual manera, la ausencia de una amenaza soviética significa que los Estados Unidos pueden experimentar una declinación sin sentirse vulnerables. Por esta razón, Estados Unidos puede no caer presa de las patologías que han afectado a otros poderes declinantes. No obstante, este alentador panorama no es muy sólido. Las condiciones en Europa Oriental y en la Unión Soviética son aún inciertas. Un estudio posterior de la declinación estadounidense y sus implicaciones deberá tomar en cuenta la naturaleza rápidamente cambiante e incierta del ambiente internacional.

[18] EVERA, Van, "Primed for Peace", pp. 14-16.

LOS ESTADOS UNIDOS: SUPERPOTENCIA LÍDER*

HENRY R. NAU**

Hace cuatro años, los encabezados de los periódicos estadounidenses destacaron el episodio de *Irán-contras* y el ocaso de la potencia norteamericana en el mundo de la posguerra.[1] Dos años más tarde, esos periódicos anunciaron la liberación de Europa del Este y el triunfo de los Estados Unidos y del Occidente sobre el comunismo y la Unión Soviética. Algunos comentaristas afirmaron, incluso, que era el fin de la historia.[2] Argumentaron que Estados Unidos ya podía abandonar la batuta del liderazgo e iniciar el retorno de sus fuerzas militares al país. Sin embargo, el año pasado, la historia se rehusó a terminar y Estados Unidos se preparó para la guerra en el Golfo Pérsico; en otras palabras, para lo que muchos consideraron que sería el encuentro inevitable con su declinación. Hoy, la guerra terminó y Estados Unidos se erige como la nueva e irrefutable superpotencia y líder mundial.

¿Cómo puede uno comprender estas evaluaciones inconsistentes acerca del papel de Estados Unidos en el mundo actual: su ascenso precipitado desde las profundidades del asunto *Irán-contra* en 1987, hasta ocupar el espacio de superpotencia única en 1991; todo en el transcurso de cuatro años? Una evaluación más convincente tiene que ahondar en la historia de la posguerra. Para comprender el papel estadounidense en el mundo de hoy es necesario explicar dos fenómenos característicos de la etapa de posguerra:

1) la dramática convergencia política de las naciones en todo el mundo industrializado –que, en la actualidad, abarca también partes de naciones en desarrollo y países socialistas– hacia sistemas de gobierno democráticos más abiertos y pluralistas de gobierno, y 2) el crecimiento económico sin precedentes de la era de posguerra, fenómeno que, además de rápido, ha sido también más equitativo que en cualquier otro momento de la historia, hecho frecuentemente olvidado. No ahondaré acerca de las evidencias en torno a estos puntos: están documentadas en mis libros y en otras obras recientes.[3]

* Traducción realizada por Bertha Ruiz de la Concha.

** Henry R. Nau es Decano Adjunto de la Elliot School of International Affairs, de la George Washington University.

[1] El éxito de librería de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, apareció en la primavera de 1987, Nueva York, Random House, 1987.

[2] FUKUYAMA, Francis, "The End of History?" en *The National Interest*, No. 16, verano de 1989, pp. 3-19.

[3] Véase Henry R. Nau. *The Myth of America's Decline: Leading the World Economic into the 1990s*, Nueva York, Oxford University Press, 1990 y Joseph S. Nye, Jr. *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, Nueva York, Basic Books, 1990.

Llama la atención que las explicaciones tradicionales sobre asuntos internacionales no ofrezcan argumentos satisfactorios acerca de estos fenómenos de convergencia y crecimiento. Los declinistas, entre quienes sobresale Paul Kennedy, consideran que la distribución más equitativa de la riqueza conduce a más conflictos políticos en el mundo y no a más convergencia política.[4] Afirman que la difusión de poder produce más competencia y ésta, a la larga, invade las áreas estratégicas y políticas. El poder declinante se extiende y cae en la trampa del "sobredimensionamiento imperial". Es evidente que esta lógica se sostiene sólo porque se supone que los intereses nacionales permanecen divididos en su esencia. Las naciones se temen una de otra y, por lo tanto, recurren a las armas para defenderse. Debido a que los países separados jamás logran formar una comunidad, deben vivir en la anarquía permanente. El enfoque niega la posibilidad de que las naciones evolucionen hacia objetivos comunes, tanto en el ámbito nacional como internacional. Ignora por completo la difusión sin precedentes de los sistemas democráticos en el mundo de posguerra o pasan por alto este fenómeno –como lo hace Kennedy en una reseña de mi libro[5]–, atribuyéndolo a la cultura estadounidense, la cual, conforme al mencionado autor, está desapareciéndose sólo que con más lentitud que el poderío norteamericano.

Los declinistas tampoco ofrecen una explicación satisfactoria del crecimiento económico. Lo atribuyen a los avances tecnológicos y a los cambios económicos. Estos avances, a su vez, reflejan la energía cultural en uno u otro país, la cual carece de explicación histórica o específica. Robert Gilpin, otro declinista, afirma que el crecimiento económico se debe al agrupamiento de innovaciones tecnológicas pero admite que ignora las causas que propician dicho agrupamiento.[6]

El enfoque de mi libro, *The Myth of America's Decline*, subraya la necesidad de explicar los fenómenos políticos y económicos en términos de políticas, más que de circunstancias (historia, geografía, etcétera) ajenas al control de la política. Si nos resulta imposible explicar la convergencia hacia la democracia y el crecimiento sin paralelo de la era de posguerra en el marco de las decisiones políticas de los Estados Unidos y de otros países, no podremos ofrecer orientación política para el futuro. Sólo nos queda decir a los países que sigan su destino: un destino de conflicto interminable, crecimiento desigual y guerra.

Mi enfoque comienza por explicar de manera plausible, no rigurosa, la manera en que los Estados convergen hacia objetivos políticos comunes en la sociedad internacional y la forma en que ciertas decisiones sobre políticas económicas hechas por los Estados se correlacionan con el comportamiento

[4] Véase KENNEDY, *op. cit.*

[5] Véase KENNEDY, Paul, "Fin de Siècle America" en *The New York Review of Books*, 18 de junio de 1990, pp. 31-40.

[6] Véase GILPIN, Robert, *The Political Economy of International Relations*, Princeton University Press, 1987.

económico eficiente (tampoco se trata aquí de una relación causal ni rigurosa sino plausible).

Las decisiones políticas de los Estados Unidos han sido críticas para la convergencia política y el crecimiento económico de la posguerra. Más aún, esas decisiones resultan más importantes que el poder estadounidense, ya que, durante el periodo de posguerra, la Unión Soviética fue casi tan poderosa en el Este como los Estados Unidos en el Oeste, pero la primera no logró desarrollar convergencia política ni crecimiento económico entre sus aliados. Las razones no se relacionan con el poder sino con las decisiones políticas. A continuación defino los conceptos necesarios para desarrollar argumentos basados en objetivos y políticas más que en el poder; posteriormente analizo en forma somera la historia de la posguerra para fundamentar empíricamente dichos argumentos.

CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD

La falacia de los enfoques tradicionales reside en que olvidan considerar seriamente a la política en el plano internacional. Estos enfoques explican la conducta del Estado en términos de riqueza y poder, partiendo de que las políticas –es decir, los propósitos para los cuales las naciones usan la riqueza y el poder– es una constante.[7] En realidad los Estados toman tan seriamente los problemas de índole política en la política internacional como en la política doméstica. Se interesan en cómo la sociedad política está organizada internacionalmente de igual modo en que grupos e individuos se interesan por estos procesos domésticamente. A los gobiernos les interesan, en particular, dos rasgos de la sociedad política internacional: 1) los derechos concedidos a los individuos con los cuales la sociedad no puede interferir, es decir, todo lo relacionado con derechos privados o humanos; y 2) la manera en que la sociedad toma otras decisiones políticas que no son privadas, en otras palabras, lo relativo a instituciones representativas y participación pública en política. A partir de sus preferencias con respecto a estos rasgos los Estados despliegan y proyectan distintos perfiles políticos en el ámbito de las relaciones internacionales y compiten por definir el perfil de la sociedad internacional en la que coexisten. Algunos Estados reflejan personalidades democráticas; otros, personalidades más autocráticas o totalitarias. Su interés en que estos rasgos nacionales se respeten e incorporen a las relaciones internacionales es igual al interés en la mera lucha por el poder y la riqueza en la esfera de las relaciones internacionales.

Desde esta perspectiva, el perfil político doméstico de los Estados no es sólo ideología y, por lo tanto, se convierte en fuente de conflicto internacional pero, al mismo tiempo, son también fuentes de comunidades potenciales. Más aún, sin ignorar el propósito político de la riqueza y el poder no podemos visualizar a la comunidad tanto de la sociedad internacional como de la nacional. Considero que esta es la visión medular de las perspectivas comunitarias

[7] Véase WALTZ, Kenneth N., *Theory of International Politics*, Nueva York, Random House, 1979.

sobre los mercados nacionales y la sociedad.[8] Estas perspectivas subrayan las dimensiones cualitativas del comportamiento humano en asuntos internos e internacionales que permiten el consenso en torno a objetivos ajenos a la riqueza (la codicia) o al poder (la coerción).

¡No me malinterpreten! los Estados, al igual que los individuos, se interesan en el poder y la riqueza, pero en la actualidad su potencial de interrelaciones es más complejo. Si los Estados difieren mucho entre ellos en términos de su perfil político doméstico no es probable que confíen uno en el otro. Lo anterior se aplica de manera especial a las relaciones entre sociedades abiertas y cerradas. En esos casos, los Estados establecen su interrelación a partir del equilibrio de poder y ahí se aplican los enfoques tradicionales. No obstante, sí, como se ha observado en los sistemas democráticos durante el periodo de posguerra, los Estados convergen hacia un perfil político doméstico común, pueden desarrollar más confianza entre sí y, con el tiempo, sustituir medios militares por medidas políticas y económicas para resolver disputas. En síntesis, pueden construir comunidades donde la ley sustituya a la violencia política y al poder de la disciplina.

Históricamente es evidente el fenómeno de construir la comunidad a nivel doméstico pero también es evidente a nivel internacional. Uno de los pocos hechos que podemos inferir de la investigación actual de la ciencia política, es que los Estados democráticos históricamente no han luchado entre sí.[9] Cualesquiera que sean las razones –y cabe recordar que la investigación de la ciencia política las analiza–, el hecho de que las democracias no luchen entre sí, aunado a la convergencia de gobiernos democráticos en el periodo de posguerra, alimenta la perspectiva de generaciones de paz en las relaciones internacionales. Aunque esta perspectiva es incierta, sugiere el fin de los enfoques tradicionales que no plantean siquiera la construcción de comunidades no violentas en el plano internacional.

A partir de los conceptos de perfil político nacional y de comunidad en oposición al equilibrio de poder, mi explicación de la convergencia de periodo de posguerra es la siguiente: (Las diversas concepciones de los propósitos nacionales en la política estadounidense de posguerra se ilustran en el cuadro 1.)

Entre 1945 y 1947, Estados Unidos asumió una convergencia política interna con todos los países de la comunidad de posguerra, incluyendo a la Unión Soviética. Las proyecciones de la democracia Wilsoniana en otros países y en la comunidad internacional gobernada por el imperio de la ley, provocó que Estados Unidos olvidara el equilibrio de poder y retirara sus fuerzas de Europa. En realidad, los Estados Unidos y la Unión Soviética no establecieron nexos de comunidad y el mundo se deslizó hacia crecientes conflictos por las alternativas de las comunidades políticas nacionales –comunista y democrática–,

[8] Véase ETZIONI, Ammitai, *The Moral Dimension: Toward a New Economics*, Nueva York, The Free Press, 1988; y Jane J. Mansbridge (comp.), *Beyond Self-Interest*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.

[9] Véase DOYLE, Michael, "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs" en *Philosophy and Public Affairs*, verano y otoño de 1983, pp. 205-35 y 523-53.

particularmente, en la diplomacia requerida para la reconstrucción de la Alemania derrotada.

En 1947-48, Estados Unidos reconoció la importancia de las diferencias domésticas en su relación con la Unión Soviética y, entre 1947 y 1967, buscó el equilibrio de poder o bien la contención política para proteger al Occidente. De manera simultánea, fomentó sociedades libres y mercados abiertos, dando origen a una nueva comunidad de naciones democráticas en Occidente que, al cabo del tiempo, incluyeron, por vez primera desde la revolución industrial, a todos los países industrializados. La convergencia en Occidente y las agudas crisis ocasionales con el Este (v.g., la crisis de los cohetes con Cuba) definieron el panorama del siguiente periodo de relaciones de posguerra conocido como distensión (*détente*).

Bajo la distensión, entre 1967 y 1979, los Estados Unidos y otros países occidentales procuraron mejorar el equilibrio de poder entre Oriente y Occidente, mediante el desarrollo de una red política y económica de interdependencia que pudiera amortiguar la confrontación militar y preparar el camino para la convergencia de políticas nacionales entre Este y Oeste. Sin embargo, la convergencia interna no ocurrió y la distensión provocada por iniciativas económicas y políticas desapareció ante la confrontación militar renovada. Las sociedades que mantuvieron profundas diferencias internas no pudieron desarrollar la confianza exigida para profundizar su interdependencia internacional. Con el tiempo, los despliegues soviéticos de proyectiles en Europa y sus intervenciones en el Norte de Africa, el Sudeste de Asia y Afganistán, acentuaron el conflicto de la guerra fría.

A partir de 1979, el Occidente se unió para enfrentar el desafío soviético. La Organización del Tratado del Atlántico Norte, (OTAN), desplegó proyectiles intermedios para contrarrestar la amenaza soviética y Estados Unidos aumentó su capacidad militar para contener la agresividad soviética en todo el mundo. A medida que se debilitó el antiguo liderazgo soviético, Gorbachov y un grupo de funcionarios más jóvenes formularon nuevas propuestas. En 1985, la Unión Soviética comenzó un proceso de reformas internas y, en 1989, tomó la decisión importante de abandonar su imperio militar en Europa Central y Oriental.

Hoy se inicia una nueva era de liberalización interna que provoca la cercanía de los perfiles políticos nacionales del Este y Oeste europeos, y es probable que las reformas soviéticas también se acerquen de manera decisiva a las instituciones democráticas y a las economías de mercado. En estas circunstancias, la suspicacia disminuye y se reduce la fuerza militar de manera drástica. Por consiguiente, en perspectiva, las instituciones políticas y económicas (v.g. [Organización de las Naciones Unidas] ONU, [Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea] CSCE, etc.) puede pensarse que podrían algun día resolver las continuas disputas en Europa y en otras partes.

Nada de esto es seguro, por supuesto, en las perspectivas anteriores. Depende de la duración del cambio interno en la Unión Soviética, del destino de las democracias incipientes en Europa Oriental y de que las democracias

occidentales mantengan la apertura y la confianza; especialmente en la medida en que la Alemania unida, Europa y Japón, psicológicamente insular, compitan de manera más vigorosa con los Estados Unidos.

Sin embargo, a partir de esta historia somera, por lo menos dos argumentos explican la convergencia: uno es político y el otro, económico. El político –que yo prefiero– propone que la atracción por las sociedades libres es universal. Si las sociedades libres definen claramente sus diferencias con los Estados totalitarios, cuando y donde surjan esas diferencias (v.g., como lo hizo Estados Unidos en 1948 y de nuevo en 1979-80; pero que fracasó en 1945) y si las sociedades libres procuran un equilibrio prudente de poder político (v.g., Estados Unidos durante las décadas de 1940 y 1950, pero que fracasó en los setenta), las sociedades carentes de libertad –si tienen la oportunidad– defenderán la libertad. Todos estos son grandes condicionantes y sabemos que la libertad puede ganarse o perderse. Pero, en síntesis, la era de posguerra confirmaría la explicación política de la convergencia.

PARA LOGRAR EL CRECIMIENTO

No obstante, el argumento económico es más popular y entre los realistas cínicos más aceptable. Conforme a esta explicación, la convergencia es resultado de la prosperidad económica de Occidente. El Oriente eligió la libertad porque las sociedades libres implican alimentos sobre la mesa y autos en el garage. Sin embargo, cabe preguntarse ¿cuál es la causa de la prosperidad? Al respecto, como se destacó en párrafos anteriores, fracasan las explicaciones realistas tradicionales. Explican el crecimiento o la declinación en términos de circunstancias que rebasan, en gran medida, el control de las políticas –oferta abundante y demanda contenida (la situación después de la Segunda Guerra Mundial) o la crisis del petróleo (la situación en la década de 1970).

En mi libro, insisto en explicar el crecimiento en términos de política. Y en uno de esos hallazgos que hacen de la investigación una tarea emocionante, descubrí abundantes evidencias históricas que sugieren cierto patrón de decisiones políticas en tres grandes áreas de la política económica que parece coincidir con el crecimiento más eficiente. Llamo a estas decisiones políticas la triada de Bretton Woods. Incluyen políticas macroeconómicas moderadas (fiscales y monetarias) que garantizan estabilidad de precios; políticas microeconómicas o estructurales, que limitan relativamente las intervenciones no mercantiles en los mercados de trabajo y capital, y que, por lo tanto, mantienen flexibilidad en la asignación de los recursos de trabajo y capital desde los sectores declinantes hasta los avanzados; y políticas comerciales que reducen progresivamente las barreras al flujo de bienes, servicios y activos financieros, a través de fronteras nacionales.

La conjunción de estas políticas ofrece una explicación plausible del crecimiento: las políticas comerciales más libres estimulan la competencia, estabilizan los precios (y, por ende, los tipos de cambio), fomentan las inversiones de largo plazo y el comercio, y la flexibilización de los mercados de trabajo y

de capital permiten los flujos de recursos desde los sectores en declinación a los avanzados, a fin de enfrentarse a la competencia comercial. Durante los periodos en que prevalecieron estas políticas entre los principales países industriales, el crecimiento económico fue mayor. En cambio, en periodos en que estuvieron total o parcialmente ausentes, el crecimiento fue menos satisfactorio o menos claro. Es indudable que los argumentos anteriores sólo establecen correlaciones; sin embargo, también son evidencia contundente acerca de las causas del crecimiento, en vez de atribuirlo a las circunstancias, o, peor aún, a cada teoría económica que surge, ya sea de la economía basada de la oferta o en el comercio estratégico, hoy tan de moda.[10]

Entre 1947 y 1967, las políticas de Bretton Woods prevalecieron de tal manera en países que, después de la guerra, tenían muchas razones para sobreestimular sus economías. El cuadro 2, línea 1, muestra los principales países industrializados que, durante este periodo, equilibraron regularmente sus presupuestos, moderaron sus políticas económicas, limitaron el crecimiento de la interferencia del gobierno en los mercados de trabajo y capital, e iniciaron la mayor liberalización multilateral de barreras comerciales en la historia (véase el cuadro 3). La consecuencia correlativa fue el más rápido crecimiento de todo el periodo de posguerra con los precios más estables pues la tasa de inflación en los Estados Unidos fue menor de uno por ciento al año (véase el cuadro 4).

Desde 1968 hasta 1980 (cuadro 2, línea 2), los Estados Unidos y otros países occidentales abandonaron estas políticas centradas en el crecimiento, tanto en las áreas macroeconómicas como microeconómicas. Las políticas fiscales y monetarias se desbocaron sin control y los gobiernos aumentaron rápidamente su intervención en los mercados de trabajo y capital (el apogeo de controles de precios y salarios); por cierto, todo esto sucedió mucho antes de la primera crisis del petróleo. Los gobiernos occidentales intentaron mantener políticas de comercio más libre pero la fluctuación de precios domésticos y de tipos de cambio, y la menor flexibilidad de los mercados de trabajo y capital dificultaron cada vez más que las empresas se enfrentaran a la competencia internacional. Los gobiernos comenzaron a revivir barreras comerciales. El resultado correlativo fue la estanflación y un crecimiento del comercio de sólo una cuarta parte de lo que había sido durante las décadas de los cincuenta y sesenta (véase el cuadro 4).

En 1979-80, los Estados Unidos y otros Estados iniciaron una importante corrección (cuadro 2, línea 3). El crecimiento renovado de los ochenta puede atribuirse al retorno parcial a las pautas macro y microeconómicas de la triada de políticas de Bretton Woods. Se restablecieron las políticas monetarias sólidas en todo el mundo industrializado. (La inflación actual en Europa es la menor en todo el periodo de posguerra.) La desregulación y la privatización así como la reducción de impuestos, restauraron cierta medida de incentivos y flexibilidad en los mercados de trabajo y capital. La productividad industrial en los Estados Unidos creció con más rapidez en la década de los ochenta que en el pasado, 3.6 por ciento en comparación con 2.7 por ciento observado

[10] KRUGMAN, Paul R. (comp), *Strategic Trade Policy and the New International Economics*. Cambridge, MIT Press, 1986.

durante el apogeo de la hegemonía estadounidense en 1948-73. Durante la última mitad de los ochenta, la productividad manufacturera creció sobre una tasa anual tan rápida como la del Japón y dos veces mayor que la alemana.[11] Frente a la caída del dólar, las exportaciones estadounidenses aumentaron. Desde 1986, han estado creciendo a una tasa de veinte por ciento al año; de este crecimiento, cincuenta por ciento lo fue en bienes de capital.[12] La desindustrialización de América es un mito.

Sin embargo, la corrección de las políticas económicas fue parcial. La política fiscal estadounidense se escapó aún más de control. Los déficit fiscales desestabilizaron y debilitaron a los mercados de capital estadounidenses; primero, llevando el dólar hacia abajo y creando un futuro incierto para las tasas de interés más bajas y para el dólar. Los mercados financieros y cambiarios volátiles desalentaron a las industrias y amenazaron con revertir el apoyo que los Estados Unidos habían dado al sistema multilateral de libre comercio.

La política fiscal en Europa y en el Japón mejoró a principios de la década de los ochenta pero, bajo las presiones de la reconstrucción de la República Democrática Alemana y de Europa del Este y el apremio diplomático estadounidense en el caso del Japón, los déficit fiscales en Alemania y Japón comenzaron a aumentar de nuevo. Más aún, la liberalización estructural de Europa bajo la Comunidad Europea de 1992, ejecutada con el fin de eliminar las principales restricciones microeconómicas de los mercados europeos de trabajo y capital, aún no incluye los mercados importantes de agricultura, siderurgia y telecomunicaciones, aunque quizá abarque sectores adicionales como la industria automotriz, imponiendo así nuevos costos tanto para los consumidores europeos como para sus socios comerciales, como los Estados Unidos y Japón. No obstante, es obvio que Japón no se ha convertido en un socio comercial verdaderamente abierto. A continuación intentaré resumir lo anterior.

CONCLUSIONES

Atribuir los resultados a la política más que las circunstancias, demuestra que la tarea de los Estados Unidos y de otros países occidentales es preservar y extender la convergencia y crecimiento del mundo posterior a la guerra fría:

Primero, es necesario que dichos países mantengan una visión clara de sus propias identidades político-democráticas y que estén preparados para responder abiertamente a las tendencias positivas y negativas de la sociedad soviética. El nuevo orden mundial caerá tan rápidamente como la distensión si la Unión Soviética retorna a la represión interna, incluso si el Occidente se

[11] Véase NEEF, Arthur, "Comparative Changes in Labor Productivity", presentado en la Conferencia de Economía del Atlántico, Williamsburg, Va., 13 de octubre de 1990; y "Output per Hour, Hourly Compensation and Unit Labor Costs in Manufacturing, Fourteen Countries or Areas, 1960-1989", Dirección de Estadísticas de Trabajo, Departamento de Trabajo, Oficina de Productividad y Tecnología, febrero de 1991.

[12] *Survey of Current Business*, Departamento de Comercio de los Estados Unidos, julio de 1988, diciembre de 1990 y enero de 1991.

enfrenta a la amenaza militar soviética, ya debilitada, en Europa Central (si las tropas soviéticas se retiran por completo de Europa Central y del Este).

Segundo, el Occidente debe acelerar su cooperación política para garantizar la evolución continua de Europa del Este hacia la democracia y el mercado libre. Es necesario hacer lo anterior sin provocar a la Unión Soviética; además tiene que realizarse al mismo tiempo que el Occidente reconstruya el Medio Oriente, afectado por la guerra del Golfo Pérsico. Esta reconstrucción también deberá llevarse a cabo sin provocar al mundo árabe.

Tercero, para encontrar los recursos necesarios que fomenten la convergencia y el crecimiento en Europa del Este, en el Medio Oriente y en otros países del Tercer Mundo (como México), Occidente deberá continuar usando recursos de manera eficaz dentro de sus propios mercados. Lo anterior significa el retorno total a la tríada de políticas de Bretton Woods y, por encima de todo, a la preservación y fortalecimiento de un comercio más libre con los países de la Ronda de Uruguay. Pero el comercio más libre no puede sobrevivir tan sólo con el apoyo de políticas macro y microeconómicas que establecen la estabilidad de precios y facilitan la flexibilidad de los mercados. Por último, Estados Unidos tendrá que controlar su despilfarro fiscal, entre otras cosas; la Comunidad Económica (CE) deberá alcanzar la liberalización interna bajo la CE 92, sin proteccionismo externo; y el Japón tendrá que abrir no sólo sus mercados sino también su sociedad entera, resolviendo sus temores fundamentales a los extranjeros y aprendiendo a relajarse en una comunidad mundial más diversa pero también más pacífica.

Estados Unidos debe ejercer el liderazgo en todas estas esferas. Es el único país cuyo poderío militar genera confianza y es aceptado por todos, y cuya moneda y apoyo a un comercio más libre resultan fundamentales para numerosos mercados globales. Argumentar que Estados Unidos carece de los recursos necesarios para dirigir es particularmente erróneo. En una comunidad mundial mejor, como la que tenemos ahora, Estados Unidos requiere de menos recursos para guiar. El dominio es necesario en un mundo de conflicto entre las superpotencias pero, en cambio, basta la capacidad sana para competir en un mundo de convergencia política y democrática, y de crecimiento económico en aumento. La participación de los Estados Unidos en el Producto Nacional Bruto en el mundo industrial de hoy es igual a la de 1970. Esta participación ha declinado igual que la de los Países recientemente Industrializados (NICS, por sus siglas en inglés), pero el crecimiento relativamente más rápido en estos países es uno de los medios para fortalecer y ampliar la convergencia. Estados Unidos comparte el poder para construir la comunidad internacional. En el contexto comunitario, la distribución de recursos internacionales más equitativa no representa una amenaza mayor que la distribución más equitativa de recursos internos. Más aún, en Estados Unidos consideramos que la equidad es una fuente para fortalecer a la comunidad. Lo mismo se aplica en el plano internacional. Sería desafortunado que los Estados Unidos y otros países libres, distraídos por noticias momentáneas acerca de la declinación o ascenso del poderío estadounidense, perdieran de vista a la comunidad verdaderamente notable de naciones libres y la creciente prosperidad que han ayudado a construir durante los últimos 45 años.

Cuadro 1. Diversas definiciones del objetivo nacional de los Estados Unidos

Dimensiones de la comunidad política internacional	Aislamiento anterior a la primera guerra	Política wilsoniana 1942-1946	Contención 1947-1967	Distensión 1967-1979	Política reaganiana 1979-1987	Era de liberación 1988-?
Contenido Nacional.	Exclusividad de la política estadounidense.	Sin diferencias básicas.	Libertad contra el comunismo.	Coexistencia y posible convergencia.	Libertad contra el comunismo.	Aumento de liberación en Europa Occidental e inicio de liberalización en sociedades del Este hacia patrones más plurales y competitivos.
Construcción diplomática.	No intervención.	Problemas funcionales.	Alianza militar e integración económica con Occidente.	Red de interdependencia política y económica, encapsulamiento de la carrera militar y posiblemente desmilitarización de relaciones internacionales.	Poderío militar económico del Occidente, con reducción equilibrada de armas, incluyendo posible desnuclearización de relaciones Oriente-Occidente.	Reducción de fuerzas militares incluyendo posible desnuclearización de Europa Central e integración de países del Este al sistema económico internacional.

Cuadro 2. Indicadores de Política Económica, 1947-1987

Países o Grupo de Países	Política Macroeconómica						Política Microeconómica	
	Fiscal		Monetaria				Sector Público	
	Déficit presupuestal (promedio anual como porcentaje del PIB)		M_1 (cambio porcentual anual promedio)		M_2 (cambio porcentual anual promedio)		Gastos gubernamentales como porcentaje del PIB (cambio promedio de punto porcentual por década)	
	1947 1967		1947 1967		1947 1967		1947 1967	
E.U.	-0.2		2.5		5.3		1.6	
G-4	-0.7		11.0		12.5		-0.5	
G-5	-0.6		9.3		11.0		0.0	
G-7	-0.9		9.6		10.7		0.5	
Quad	-0.9		9.5		11.2		0.8	
DCs	-0.9		5.2		7.9		ND	
LDCs	ND		11.5		14.9		ND	
	1968 1980		1968 1980	(1977 1979)	1968 1980	(1977 1979)	1968 1980	
E.U.	-2.0		6.4	(7.9)	8.8	(9.4)	1.9	
G-4	-2.1		11.1	(11.2)	12.9	(10.5)	6.0	
G-5	-2.1		10.1	(10.5)	12.0	(10.3)	5.1	
G-7	-3.1		11.2	(11.7)	13.3	(12.7)	5.4	
Quad	-2.9		10.7	(11.6)	12.8	(12.5)	7.7	
DCs	-2.2		9.0	(9.9)	11.4	(11.4)	5.8	
LDCs	-3.0		25.0	(28.3)	28.1	(33.8)	4.3	
	1981 1987	(1983 1987)	1981 1987	(1980 1982)	1981 1987	(1980 1982)	1981 1987	(1983 1987)
E.U.	-4.6	(-5.0)	9.3	(6.7)	9.0	(6.2)	-0.9	(-4.6)
G-4	-3.6	(-3.4)	9.7	(7.3)	10.5	(10.9)	-1.6	(-4.0)
G-5	-3.8	(-3.7)	9.6	(7.1)	10.2	(10.0)	-1.4	(-4.1)
G-7	-5.2	(-5.3)	10.7	(7.6)	10.0	(10.8)	0.2	(-4.2)
Quad	-6.4	(-6.3)	10.7	(7.1)	11.1	(10.3)	1.4	(-6.0)
DCs	-4.9	(-5.0)	8.7	(6.6)	9.4	(8.9)	0.3	(-3.3)
LDCs	-4.9	(-4.8)	39.1	(30.5)	44.4	(35.0)	3.2	(3.0)

Fuentes: Déficit presupuestal = Línea 80 dividida por la línea 99b (PIB) en IMF, *IFS Yearbook*, varias ediciones. En algunos casos, para los primeros años, O.N.U., *Yearbook of National Accounts Statistics*, varias ediciones; y para países industrializados, OECD. *Economic Outlook* y *Economic Outlook: Historical Statistics 1960-1985 y 1960-1986*.
Gasto gubernamental = Gastos más préstamos menos reembolso (líneas 82 y 83) en FMI, *Yearbook of National Accounts Statistics*, y Mitchell (1983).
Gasto gubernamental como porcentaje del PIB = Líneas 82 y 83 divididas por la línea 99b en FMI, *IFS Yearbook*, varias ediciones. En algunos casos, las series de gastos gubernamentales proviene del OECD, *Economic Outlook: Historical Statistics 1960-1985 y 1960-1986*. Los promedios han sido calculados únicamente para aquellos años para los que existen series consistentes.
M_1 = Línea 34 en FMI, *IFS Yearbook*, varias ediciones.
M_2 = Líneas 34 y 35 (quasi-dinero) en FMI, *IFS Yearbook*, varias ediciones.
Notas: Los promedios calculados para las tablas de países individuales fueron compilados de las fuentes. Los promedios de las columnas 1, 2 y 3 no incluyen todos los años para cada país. Los promedios de la columna 4 han sido estandarizados por década.
Definiciones: G-4 = G-5 sin Estados Unidos. G-5 = Francia, Alemania, Japón, Reino Unido, Estados Unidos. G-7 = Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido, Estados Unidos. Quad = Comunidad Europea, Estados Unidos, Canadá y Japón. De 1947 a 1967, la CE = 6 (Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Luxemburgo, Países Bajos); de 1981 a 1987, la CE = 9 (se añade Reino Unido, Irlanda y Dinamarca); de 1981 a 1987, la CE = 10 (se añade Grecia). DCs = Países Industrializados como aparece en FMI, *IFS Yearbooks*. LDCs = Países en desarrollo como aparece en FMI, *IFS Yearbooks*.

Cuadro 3. Indicadores de Políticas de Comercio, 1950-1985.

País	BARRERERAS NO ARANCELARIAS (NTBs)* 1950†	1955†	1960†	1970	1975	1980	1985	Fecha de expiración ‡	ARANCELES § 1965	1970	1975	1980	1985	Cambio porcentual 1965-1985
Canadá					Textiles			1991	7.95	5.66	5.46	4.62	3.25	
					Calzado			1985						-59.1
						Autos		Indefinida						
Francia	53	76	96			Autos		Indefinida	6.05	2.33	1.43	1.07	0.78	-87.1
						Electrónicos		Indefinida						
						Calzado		Indefinida						
						Motocicletas		Indefinida						
Alemania	47	90	93			Autos		1984	4.64	3.04	2.36	1.81	1.80	-61.3
Italia	54	99	98			Calzado		Indefinida	5.94	4.66	0.57	0.78	0.89	-85.0
						Electrónicos		Indefinida						
					Autos			Indefinida						
						Motocicletas		Indefinida						
Japón			Autos (licencia discrecional)					Indefinida	7.55	7.05	2.96	2.46	2.13	-71.8
						Textiles		1991						
Reino Unido	57	84	97			Autos		Indefinida	5.97	2.76	2.25	2.17	1.45	-75.7
						Calzado		Indefinida						
						Electrónicos		Indefinida						
E.U.					Textiles			1991	6.75	6.08	3.79	3.08	3.05	-54.8
						Calzado		1983						
						Electrónicos		1984						
						Autos		1989						
				Carbón		Carbón								
				Acero		Acero		1989						
						Acero Especial		1987						
						Motocicletas		1988						
C.E.						Acero		Indefinida						
					Textiles			1991						
						Autos		Indefinida						
						Electrónicos		1986						
						Motocicletas		1986						
OEEC/OECD	56	84	94						6.79	5.05	3.32	2.43	2.13	-74.9

Fuentes: Cuotas: OEEC (1961), p. 185.
NTBs (por sus siglas en Inglés): adaptados de OECD (1985a), pp. 32-33.
Aranceles: OECD (1985a), p. 27. 1985 se calculó a partir de las mismas fuentes utilizadas en el estudio de la OECD.

* Además de cuotas, incluye también varios arreglos restrictivos con diversos países, inclusive los Sistemas de Precios Básicos, *OMAs*, y *VERs*.
† Estas columnas muestran el porcentaje de comercio privado libre de cuotas (restricciones cuantitativas) hasta el 30 de junio del año indicado.
‡ La columna no refleja todas las renovaciones a partir de 1985.
§ Ingresos por aduanas e impuestos de importación como porcentaje del valor de las importaciones.

Cuadro 4. Indicadores de Desempeño Económico, 1947-1987.

Países o grupos de países	Crecimiento: PIB real (cambio porcentual anual promedio)		Inflación: CPI (cambio porcentual anual promedio)		Inflación: Deflación del PIB (cambio porcentual anual promedio)		Desempleo: Fuerza de trabajo desempleada (porcentaje anual promedio)	
	1947 1967		1947 1967		1947 1967		1947 1967	
E.U.	3.6		2.7		2.9		4.7	
G-4	6.6		3.7		4.4		2.0	
G-5	6.0		3.5		4.1		2.5	
G-7	5.9		3.8		4.7		3.4	
Quad	5.3		3.5		4.6		3.8	
DCs	4.3		2.5		2.8		3.1	
LDCs	5.0		8.6		8.5		ND	
	1968 1980		1968 1980		1968 1980		1968 1980	
E.U.	2.6		7.2		6.9		5.9	
G-4	3.8		8.4		8.6		3.1	
G-5	3.5		8.1		8.2		3.7	
G-7	3.7		8.5		8.9		4.2	
Quad	3.9		8.3		8.7		4.4	
DCs	3.3		7.9		7.9		4.4	
LDCs	5.7		16.5		17.2		ND	
	1981 1987	(1983 1987)	1981 1987	(1983 1987)	1981 1987	(1983 1987)	1981 1987	(1983 1987)
E.U.	2.8	(4.0)	4.3	(3.3)	4.6	(3.3)	7.8	(7.5)
G-4	2.8	(2.8)	4.8	(3.4)	4.2	(3.6)	7.8	(8.2)
G-5	2.8	(3.0)	4.7	(3.4)	4.3	(3.6)	7.8	(8.1)
G-7	2.7	(3.1)	5.7	(4.4)	5.5	(4.5)	8.5	(8.8)
Quad	2.1	(2.4)	7.0	(5.5)	7.4	(6.3)	9.1	(9.5)
DCs	2.7	(3.2)	5.2	(3.9)	4.9	(4.0)	8.2	(8.7)
LDCs	1.8	(1.7)	37.3	(40.4)	41.3	(48.4)	ND	ND

Fuentes: PIB real, CPI, y deflación del PIB: De IMF, *IFS Yearbook*, varias ediciones; algunos de los primeros años (finales de los 1940 y principios de los 1950) de Mitchell (1981), (1982), (1983); y O.N.U., *Yearbook of National Accounts Statistics*, varias ediciones.

Desempleo: De O.N.U., *Statistical Yearbook*, varias ediciones.

Notas: Promedios calculados de tablas individuales por país, compiladas de las fuentes precedentes. No incluyen todos los años para cada país.